

bastante, tiene el consuelo de ver á su hija, no sólo con vida, sino con la salud que antes no tenía; pero yo, ni siquiera puedo asegurar que viven mi adorada Siseta y sus dos hermanos.»

El doctor, al oirme, movióse inquietamente en su lecho con síntomas de alteración nerviosa, é incorporándose de improviso, me mostró su cara, desfigurada de un modo notable.

«No me preguntes por Siseta y sus hermanos—dijo con torpe lengua, y haciendo ademán de apartar un objeto que inspira desagrado.—Yo no sé nada de ellos. Andrés, más vale que te marches y me dejes en paz.»

La señora Sumta, que entró á la sazón, puso el dedo en la sien, mirando á su amo con expresión de lástima. Con el gesto y la mirada quería decirme:

«No hagas caso, que el amo ha perdido el juicio.»

Perdiéralo ó no, lo cierto es que me llenaban de inexplicables confusiones sus palabras. Interroguéle de nuevo; pero él, cerrando los ojos y extendiendo brazos y piernas, cual exánime cuerpo, aparentaba no oirme, ó realmente alestargado, no me oía.

Josefina entró en seguida y mostró mucha alegría al verme. Por mi parte, quedéme sorprendido al notar la animación de sus ojos, su color menos pálido que de ordinario, y al observar la agilidad, la gracia y desenvoltura que había adquirido en sus movimientos desde que no nos veíamos. Después de contestar con amables sonrisas á mis cumplidos, que adivinaba

por el movimiento de los labios, me preguntó por Siseta.

«¡Ayl—respondí, expresando con signos mi suprema aflicción.—Siseta... se ha ido, señorita; no sé dónde está.

—Busquémosla,—dijo Josefina con resolución.

—¡Ayl gracias, señorita Josefina... Yo no me puedo tener; pero si usted me acompaña, sacaré fuerzas de flaqueza para recorrer la ciudad.»

En la casa tenían ya comida abundante, que se repartía entre los diferentes vecinos allegadizos que allí se albergaban, y á mí me dieron una buena porción. Cuando salí, enlazando mi brazo con el de Josefina, me sentía tan restablecido, que no necesité buscar apoyo en las paredes ni arrojarme al suelo cada diez minutos para tomar aliento.

XXII

¿Dónde buscaremos á Siseta? ¿Dónde?... ¡Siseta! gritábamos por todos lados, en las ruinas, en la puerta de las casas enteras, en las plazas, en las murallas, en las cortaduras, en los montones de escombros; pero ninguna voz conocida nos respondía. En diversos puntos de la ciudad, los franceses se ocupaban en tapar con tierra los hoyos donde habían sido arro-

jados los cadáveres, y miles de cuerpos desaparecían de la vista de los vivos para siempre... «¡Oh!—exclamaba yo con la mayor angustia, —¡si estará ahí Siseta!»

Hubiera querido escarbar con mis manos todas las fosas, por cerciorarme de que no yacía en ellas la persona perdida. Visitamos luego los hospitales, y en ninguno de ellos apreciaron tampoco Siseta ni sus hermanos; preguntamos de puerta en puerta á todos los conocidos, á los vecinos todos, y nadie nos dió razón ni noticia alguna. Pasando á Mercadal, lo recorrimos todo, y al volver miré al fondo del río por ver si entre sus turbias aguas se distinguía el cuerpo de Siseta. Pregunté por ella á los españoles y á los franceses, que no me entendieron; pero ambas naciones carecían de noticias acerca de mi amiga; subí á los tejados, bajé á los sótanos, la busqué en plena luz y en la profunda obscuridad; pero el rayo de sus ojos, para mí superior á todas las claridades, no brillaba en ninguna parte.

Por último, cuando llegábamos cerca del puente de San Francisco de Asís, creí distinguir una lastimosa figura de muchacho, en la cual, aunque con mucha dificultad, pude reconocer la persona del buen Manalet. No era posible determinar la forma de su vestido, que era un andrajo, por cuyas rasgaduras los brazos y piernas en completa desnudez asomaban. Su rostro cadavérico, sus manos negras, su cuello manchado de sangre, sus pies heridos, su mirar temeroso, me causaron profunda pena. Le llamé, con el alma dividida entre una ani-

mosa esperanza y un inmenso dolor, y él corrió á abrazarme con los ojos llenos de lágrimas. Pasado el primer momento de su alegría, la presencia de Josefina al lado mío produjo en el ánimo del pobre chico vivísima inquietud; mirábala con ojos azorados, é hizo algún movimiento para huir de nosotros. Deteniéndole, tuve valor para preguntarle por su hermana.

«Hermana Siseta—me dijo,—no está, no la busquen ustedes. Se ha ido con Gasparó. Los dos...»

Al decir *los dos* señalaba la tierra.

Yo, poseído de profundo dolor, no me reconocía satisfecho con sus vagas noticias, y quería saber más; seguí tras él, pero mi corto andar no me permitió alcanzarle, y hube darme al terrible padecimiento de la duda; porque, en efecto, las afirmaciones de Manalet no resolvían mi perplejidad, y las palabras, el razonamiento, la inquietud del infeliz chico indicaban que algún misterio, para mí ignorado, existía en la desaparición de Siseta.

«Señorita Josefina—dije á mi acompañante, expresando como me fué posible el desaliento y la desesperación,—no conseguiremos nada. Volvamos á la calle de la Neu.»

Ambos, muy tristes y desanimados, nos detuvimos en el puente, mirando á los transeúntes, que vagaban sin cesar de un lado á otro, y como yo, buscaban personas queridas que el desorden de los últimos días había hecho desaparecer. Las fosas sobre las cuales se echaba tanta tierra, iban poco á po-

co destruyendo los rastros que habrían podido guiar en sus exploraciones á padres, esposas é hijos, y la necesidad de enterrar pronto hacía que muchas familias se quedasen en completa ignorancia respecto á la suerte de los suyos.

Nos sentamos junto al puente. Josefina me miraba en silencio, compadecida de mi dolorosa perplejidad, y yo interrogaba al cielo, cansado ya de interrogar á la tierra y á los hombres. De repente, la hija del doctor dióme un ligero golpe en la cabeza, y agitando los brazos en dirección del río, señaló una casa de las que se levantan con los cimientos dentro del Oñá, á espaldas de la plaza de las Coles y de la calle de la Argentería. Al principio no distinguí nada; pero ella, con el rostro alterado, la mirada chispeante y el índice extendido hacia punto fijo, dirigió mi atención al tejado de una de aquellas casas, de cuyo alero, un muchacho se descolgaba trabajosamente por una cuerda. Era Badoret. Al instante grité fuertemente: «¡Badoret! ¡Badoret!» y el chico que oyó mi voz saludóme con la mano en el momento de poner pie firme en un balcón, desde el cual parecía querer avanzar al puente saltando de una casa á otra. Los irregulares aleros, balconajes, miradores y cuerpos salientes de aquella orilla del río, permitían este viaje sin gran peligro. Por fin, Badoret llegó á donde estábamos, y pude notar que su aspecto era más lastimoso que el de su hermano.

«Andrés—me dijo,—¿han entrado los franceses?»

—Sí—le respondí.—¿En dónde estás metido que no lo sabes? ¿Has resucitado acaso?

—¿De modo que ya hay algo que comer?

—Sí: todo lo que quieras... ¿Y Siseta?

—Siseta está durmiendo desde ayer. ¿Quieres verla? La llamamos y no quiere despertarse.

—¿Pero dónde os habéis metido? ¿Dónde está Siseta?

—¿Hay ya que comer? No hemos vuelto á ver á Napoleón, Andrés. ¿Cuánto darán ahora por él?

—Anda al diablo con Napoleón. Llévame á donde está tu hermana.

—En el tejado.

—¡En el tejado!

—Sí: la llevamos entre todos, porque el Sr. Nomdedeu la quería matar.

—¡Matarla! ¡Estás loco!

—Sí: para comérsela.»

No pude reprimir la risa, á pesar de que mi ánimo no estaba para burlas.

«El Sr. Nomdedeu—prosiguió Badoret,—se volvió loco y quiso comernos á todos.

—Estáis tontos sin duda—repliqué.—Llévame á donde está Siseta.

—¡Como no vayas por donde yo he venido!... De la casa del canónigo donde estamos, se pasa por el tejado á la del droguero de la calle de la Argentería; pero de ésta no se puede salir á la calle porque está cerrada... Por la bodega, se pasa á una casa del otro extremo que está quemada, y por las tejas se baja á los balcones del río. Si puedes hacer que te abran la puerta de

la casa del droguero que está en la calle de la Argentería junto á la plaza de las Coles, entrarás mejor que yo he salido.

—Vamos allá—dije con resolución.—Si ese señor droguero no nos quiere abrir la puerta, la derribaremos á puñetazos.»

Por fortuna, no me pusieron obstáculos á que entrara por la casa indicada, lo cual verifiqué dejando á Josefina en la inmediata de la calle de la Neu. Subí al tejado, y saltando con grandes esfuerzos y peligros de techo en techo, llegamos Badoret y yo á las buhardillas de la casa del canónigo. Allí en un lóbrego aposento del desván, donde antaño tuvo su vivienda el ama de gobierno del Sr. Ferragut, yacía la pobre Siseta sin movimiento ni sentido sobre miserable colchón. La llamé con fuertes voces, incorporéla en el lecho, y la infeliz abrió los ojos, pero sin aparentar reconocerme. Mi gozo al ver que vivía fué inmenso; pero aún dudaba que pudiese tornar á la vida, y no pensé más que en prodigarle toda clase de socorros. Recorrí la casa aturdidamente sin darme cuenta de lo que buscaba, y ví en distintas habitaciones hasta una docena de chicos de ocho á doce años, en quien reconocí á los amigos que acompañaban á Badoret y Manalet en todas sus correrías; pero el estado de aquellos infelices niños era atrozmente lastimoso y desconsolador. Algunos de ellos yacían muertos sobre el suelo, otros se arrastraban por la biblioteca sin poderse tener, uno estaba comiéndose un libro, otro saboreaba el esparto de una estera.

«¿Qué ha pasado aquí?—pregunté á Badoret.

—¡Ay, Andrés! no podemos salir por ninguna parte. Estábamos encerrados hace dos días. Á nuestra casa no se podía pasar, porque siete paredes llenaron el patio hasta arriba. No teníamos que comer, ni donde encontrarlo... Esta mañana buscamos Manalet y yo una salida. El se descolgó por la calle de la Argentería, y yo por donde me viste... pero á mí se me está ya pegando la lengua al cielo de la boca, no puedo moverme, y me caigo muerto también.»

Diciéndolo, Badoret cerró los ojos y se extendió de largo á largo en el suelo. Algunos de sus camaradas lloraban, llamando á sus madres, y por todos lados el espectáculo de aquella desolación infantil contristaba mi alma. Resuelto á obrar con prontitud, pasé por el tejado á las casas inmediatas, llamé, pedí socorro, logré que me oyeran y que acudiesen en mi auxilio algunos vecinos, y bien pronto reuní en los desiertos lugares donde se hallaba mi infeliz amiga gran número de víveres y no pocas personas caritativas.

La primera en quien probamos nuestros recursos fué Siseta, que tardó mucho en recobrar su acuerdo, inspirándome serias inquietudes; pero al fin me reconoció, y vencida su repugnancia á tomar los alimentos que le ofrecíamos, convenciéndose al fin de que no le dábamos animales inmundos ni horribles manjares, entró en un período de fortalecimiento que indicaba enérgica disposición de la naturaleza á recobrar su primitivo equilibrio y

asiento. Badoret cobró sus fuerzas con más rapidez, y á la media hora ya hablaba como una taravilla arengando á sus amigos. Para algunos de éstos llegó tarde el remedio, y no nos dieron más trabajo que entregar sus cuerpos á las pobres madres que á recogerlos venían después de buscarlos inútilmente por toda la ciudad.

«Hermana Siseta ha despertado al fin—me dijo Badoret, tragándose medio pan.—Yo pensé que íbamos a quedarnos aquí para que se regalaran con nuestro pellejo Napoleón, *Sancir*, *Agujerón* y los demás que andaban por acá. No estamos todos vivos, Andrés, porque Pauet no resuella, y Sisó, que estaba tan rabioso contra los *cerdos*, se ha quedado tieso en la biblioteca con medio libro en el cuerpo y otro medio en la mano. Así quisiera yo ver al condenado de D. Pablo Nomdedeu, que quiso hacer con nosotros un guisote. Ya estamos libres de caer al fondo de la cazuela con sal y agua, y eso de que la señorita Josefina se le almuerce á uno, no tiene gracia... Los *marraños* están ya dentro de Gerona... ¡Vaya... y decían que D. Mariano no les dejaría entrar! Si es lo que yo digo... mucha facha, mucho boquear, y después nada.

—No desatines, y cuéntame por qué trajisteis aquí á tu hermana.

—Pregúntaselo á D. Pablo y á la señora Sumta. Nosotros le llevamos á hermana Siseta siete reales que habíamos ganado. Hermana Siseta estaba llorando, con Gasparó en brazos. Un caballero entró en la casa, y con

malos modos mandó que enterrásemos al niño. Entonces hermana Siseta le dió muchos besos, y yo le cargué para llevarle á la fosa; pero me daba lástima y estuve con él á cuestras todo el día, hasta que al fin... Manalet echaba la tierra y yo la apretaba con las manos para que quedase bien. Pero luego quisimos volverle á ver, sacamos la tierra... ¡Ay! Andresillo: después la tornamos á echar y ya no le vimos más... Al volver á casa, D. Pablo entró suspirando y dando gemidos, y dijo que traía todos los huesos rotos. Después pidió algo de comer á la señora Sumta, y la señora Sumta se puso también á echar suspiros y regüeldos. La señorita Josefina, tendida en el suelo, se chupaba los dedos; D. Pablo empezó á gritar llamando al santo acá y al santo allá, y luego á todos nos daba con la punta del pie, diciendo: «Levantaos y salid á buscar algo para mi hija.» Después del entierro, habíamos comprado con los siete reales un pan negro y duro, y se lo dimos á mi hermana. ¡Si vieras qué ojos le echó D. Pablo! Siseta es más tonta... ¿creerás que no quiso el pan, y mandó que se lo diéramos á la señorita Josefina? Pero yo dije: «sí, para ella está,» y dando la mitad á Manalet empezamos á comérselo. La señora Sumta, saltando encima de mí, me quitó mi parte; pero Manalet se comió toda la suya de un tragón, atacándose con los dedos para que le pasara por el gañote. Entonces, amigo Andrés, el Sr. Nomdedeu fué arriba, y bajando al poco rato con un gran cuchillo, nos dijo: «Diablillos desvergonzados,

puesto que no servís más que de estorbo, os comeremos.» Yo me reí, y Manalet se puso á temblar y á llorar; pero yo le decía: «No seas burro; primero nos le comeríamos nosotros á él, si tuviera algo más que huesos. La señora Sumta sí que está gordita.» Cuando la vieja oyó esto me amenazó con el puño, y Don Pablo volvió á decir... «Sí: nos les comeremos, ¿por qué no?...» Después la señorita Josefina se abrazó á su padre, y éste se puso á llorar soltando lagrimones como balas, y luego la arrullaba en sus brazos como á un chiquillo. ¡Pobre D. Pablo! De veras me daba lástima... Arrullando á su hija le cantaba como á los niños, y después decía: «Señora Sumta, traiga usted una taza de caldo.» Al oír esto, no podía menos de reirme, y dije: «Pues ya que va á la cocina la señora Sumta, tráigame á mí un par de perdices, porque estoy desganado, y no quiero más.» Los dos se pusieron furiosos; pero el médico parecía loco, y todo se le volvía gritar: «Señora Sumta, traiga usted caldo para mi hija; tráigalo pronto, ó la mato á usted...» ¡Si le hubieras visto, Andrés! Echaba chispas por los ojos, y con los pelos amarillos tiesos sobre el casco, parecía nada menos que un demonio... En esto pasaron mis amigos por la calle, llamáronme, yo salí con ellos, y al poco rato, cuando iba por la calle de Ciudadanos, veo venir á Manalet corriendo y llorando, que decía: «Hermano Badoret, ven pronto, que D. Pablo nos quiere matar á todos.» Chico, eché á correr con todos mis amigos hacia casa. ¿Has visto un gato rabioso cómo tira la zarpa, enseña los

dientes, bufa y salta? Pues así estaba D. Pablo. Dejando á su hija en el suelo, venía hacia nosotros, nos amenazaba con el cuchillo, golpeaba con el pie á mi hermana, luego parecía querer matarse á él mismo, y á todo esto gritaba: «¡Quiero acabar con el género humano!...» Esto lo dijo muchas, muchísimas veces. Mis amigos estaban muertos de miedo, y yo cogí unas tenazas para tirárselas á la cabeza. Pero no me dió tiempo, porque sin soltar su cuchillo salió á la calle, gritando siempre que iba á acabar con todo el género humano, y entonces Manalet dijo: «Vámonos de aquí, y llevémonos á Siseta.» Dicho y hecho: éramos doce; entre los más grandes cargamos á mi hermana, que estaba como un cuerpo muerto, sin mover brazo ni pierna, y la llevamos á la casa del canónigo; Manalet, lleno de miedo, iba delante chillando: «A prisa, á prisa, que viene otra vez con el cuchillo...» ¡Ayl Amigo Andrés, cuando nos vimos en esta casa, respiramos. Luego, porque la pobrecita no estuviera sobre la baldosa del patio, la subimos á este aposento con grandísimo trabajo, poniéndola en la cama donde la ves. La llamamos, y no nos respondía. Entonces nos ocurrió que debíamos buscarle algo que comer; pero no hallábamos salida más que por los tejados, y antes nos asparían que pasar otra vez á nuestra casa. Aquí de los apuros, chico: llegó la noche y nos moríamos de hambre. Pauet y Sisó anduvieron por los techos comiéndose las yerbas y el musgo que nacen entre las tejas. Yo bajé á la bodega... ni rastro de Napoleón. Se han ido

todos al otro lado del Oñá, corriéndose hacia el campo enemigo... Pues como te iba contando, vino después de la noche el día, y después del día otra noche, y luego amaneció el día de hoy y nosotros sin comer. Se me olvidaba contarte que oímos caer la bomba en nuestra casa, y yo dije: «Ahí me las den todas. Si ha cogido á Nomdedeu, bien empleado le está por bruto...» Amigo, desde el tejado nos asomábamos á los patios de todas las casas de por aquí; llamábamos á la gente para que nos socorriera; pero no nos hacían caso. Verdad es que muchos de los que veíamos abajo estaban muertos. Mis amigos se acobardaron ¡pobrecitos! como unos gallinas, y Sisó dijo que se iba á comer una de sus manos. Yo les llevé á la biblioteca, dándoles permiso para que sacaran el vientre de mal año con los libros, y así fueron tirando algunos. ¡Qué día, qué noche, Andrés! Mi hermana no nos respondía cuando la llamábamos, y Manalet me dijo: «Hermano, yo me voy á tirar del tejado á la calle para traer algo de comida á Siseta...» Estuvimos mirando las rejas y los balcones para ver si podía saltar, y, por fin, Manalet se fué escurriendo, no sé cómo, sentando los pies en los clavos, y las manos en las rejas, y bajó á la calle por junto á la plaza. Yo bajé también por donde me viste, y con esto te digo todo, porque ya no hay nada más que contar.

—Bien, Badoret; veo que acertaste en trasladar aquí á tu hermana, pues aunque no me parezca cierto, como dijiste, que D. Pablo quisiera merendarse á tu familia, ese es un hom-

bre á quien la desgracia de su hija exalta y enfurece, y capaz es de cometer cualquier atrocidad. Ahora, gracias á Dios, estamos libres de tales horrores, porque el sitio ha concluído, y hay en Gerona víveres abundantes.»

Al caer de la tarde, Siseta, sus dos hermanos y los camaradas de éstos que habían escapado á la muerte, no ofrecían cuidado. Al día siguiente trasladé á mis amiguitos á una casa de la calle de la Barca, donde nos dieron asilo.

XXIII

Yo no tardé en reponerme, y transcurridos pocos días me presenté á mi amo D. Francisco Satué, quien me dió una malísima noticia.

«Disponte para el viaje, —me dijo, dándome uniforme, tahalí y espada, para que en todo ello comenzase á ejercitar mis altas funciones.

—¿Pues á dónde vamos, mi capitán?

—A Francia, bruto —me respondió con su habitual rudeza. —¿No sabes que somos prisioneros de guerra? ¿Crees que nos dejan aquí para muestra?

—Señor, yo creí que nadie se metería ya con nosotros.

—Estamos en Gerona como enfermos; pero quieren que vayamos á convalecer á Perpiñán. Nos detienen tan sólo porque el Gobernador